

la hora de evaluar los trabajos realizados, la supeditación o no del parlamento a las directrices del Ejecutivo y la paralización de actuaciones en momentos de crisis han impedido logros significativos por parte del Grupo de Amistad.

El Comité Averroes fue creado como instrumento de distensión y punto de encuentro donde miembros destacados de las sociedades civiles marroquí y española pudiesen hallar vías de solución a los problemas y nuevas aportaciones a los antiguos escollos en las relaciones de los dos países. La acción del Comité ha estado muy mermada por su dependencia al Ministerio de Asuntos Exteriores de cada país y siempre ha mostrado una gran dependencia de los vaivenes de las relaciones entre Marruecos y España. Por lo que cabe muy bien preguntarnos si el Comité Averroes fue creado como un instrumento para el acercamiento entre las sociedades o como simple retórica de la mediación civil. Por último el mundo económico, a través de las empresas españolas en Marruecos, es analizado como un nuevo actor de la política exterior. Son muchas las empresas interesadas en hacer negocios en el territorio marroquí como consecuencia de la voluntad del país magrebí de abrir progresivamente su economía. Esa voluntad recíproca de complementariedad política-económica entre ambos países puede hacer realidad ese tan necesario “cochón de intereses” que posibilite una mejor relación de estabilidad aunque solo sea por la presión que ejercen las empresas sobre ambas a fin de evitar encontronazos que perjudiquen sus intereses.

A pesar de las tensiones periódicas que surgen entre España y Marruecos las reflexiones ofrecidas por estos autores dejan patente que no hay otra alternativa entre ellos que el buen entendimiento. Muchas son las preocupaciones existentes en el Mediterráneo por lo que los responsables de la política exterior española y por extensión de la U.E. deben analizar sus estrategias para contribuir a un Magreb democrático, estable y próspero. Este libro puede ser un buen instrumento de análisis para el mejoramiento de las relaciones políticas, sociales, culturales y económicas entre España y el Magreb.

**Hobsbawm, Eric, *Guerra y paz en el siglo XXI*. Barcelona, Critica, 2009, 205 pp.**

Por Joaquín Piñeiro Blanca.  
(Universidad Cádiz)

Probablemente Eric Hobsbawm es uno de los historiadores con mayor reconocimiento e influencia, incluso más allá del ámbito de su profesión, y uno de los suma mayor número de lectores. Nacido en 1917, este inglés que pasó parte de su infancia en Viena y Berlín, ha sido no sólo un profundo analista histórico de los períodos más recientes, sino un testigo atento de los acontecimientos del azaroso siglo XX. Una de sus obras más difundidas y valoradas, *Age of Extremes, The Short Twentieth Century 1914-1991*, da buena prueba de ello. Precisamente este trabajo tiene un epílogo natural en la publicación que aquí se reseña, *Guerra y paz en el siglo XXI (Essays on Globalization, Democracy and Terrorism* en su título original, menos tolstoiano que la versión en castellano). En ella se recogen unas conferencias impartidas entre 2000 y 2006, es decir, con posterioridad a la publicación de su *Age of Extremes*, en las que actualiza y extiende en el tiempo muchas de las cuestiones estudiadas en aquella obra. El autor analiza, con una sorprendente lucidez, la situación del mundo en los inicios del nuevo milenio procurando distanciarse de los sucesos para insertarlos en una perspectiva más amplia y, según sus propias palabras, intentando tener presente “lo que otros han olvidado o querrían olvidar”.

Las páginas de este recomendable libro contienen un estudio de los grandes problemas actuales: el frágil equilibrio internacional, con sus amenazas bélicas y su maltrecha paz; el nuevo orden mundial tras el derrumbamiento del bloque socialista y el consecuente final de la “Guerra Fría”; el proyecto imperialista de Estados Unidos, que pretende seguir conservando su hegemonía mundial; los efectos de la globalización que agrava las divergencias mundiales; la crisis del modelo de estado-nación que surgió de las revoluciones burguesas; los problemas de las inmigraciones, que están generando preocupantes brotes de racismo y xenofobia; o las dificultades que el neoliberalismo crea a la ciudadanía en su exigencia de reducir o eliminar los servicios sociales públicos.

Su punto de vista es, a la vez, esperanzado y crítico, con la sabiduría que otorga una larga

vida en continuo aprendizaje. Nacido en una familia judía de clase media, su errante infancia estuvo marcada por las dificultades económicas y la quebradiza salud de su madre. Tras unos primeros años en Alemania y Austria, al morir sus padres y ser adoptado por sus tíos se traslada a Gran Bretaña donde recibe una sólida formación. En 1935 consiguió una beca para el King's College de Cambridge, centro en el que su despierta inteligencia sobresalió pronto. En aquellos años inició su militancia en el Partido Comunista, que conservaría durante toda su vida, lo que no fue obstáculo para que se enfrentara a la evidencia del fracaso de la ideología, aunque manteniendo su creencia en la necesidad de luchar por la justicia social.

Una de las primeras ideas del libro aquí reseñado no resulta demasiado alentadora para el lector: “encaramos el tercer milenio como aquel irlandés del cuento a quien, tras preguntársele el modo de llegar a Ballynahinch, se le oyó decir, no sin previa cavilación: si yo fuera usted, no partiría de aquí”. Pero, en su opinión, sólo se puede partir de aquí. No hay alternativa porque no existe otra realidad que la de un mundo cada vez más globalizado, en el que todo corre a gran velocidad de un extremo a otro del planeta, pero que aún no cuenta con el marco político que regule de modo eficaz ese intenso tráfico de personas, ideas o mercancías, que evite o aminore los múltiples conflictos que se generan en un espacio supranacional que, sin embargo, carece de autoridades supranacionales con capacidad real para adoptar medidas. Según Hobsbawm, muchos estiman que, mientras no exista ese -hoy improbable- organismo internacional, Estados Unidos constituye el poder capacitado para asegurar la estabilidad y el orden internacional. Sin embargo, bajo su punto de vista, ello no es posible porque el escenario mundial es tan excesivamente complicado que ningún estado lo puede controlar en solitario.

Aunque la superioridad militar estadounidense es absoluta, no lo es suficientemente, como prueba el hecho de que es más fácil conquistar militarmente un país que administrarlo y “pacificarlo” luego. Estados Unidos, al igual que todos los grandes imperios de la historia, desde Roma hasta Gran Bretaña, tendría que reconocer sus propios límites, que están en su incapacidad para ejercer su hegemonía más allá de lo regional y esto, tan sólo, temporalmente. Desde la desaparición de la URSS, EEUU no ha tenido un contrapeso en la escena internacional y, por

ello, se ha planteado consolidar su condición de única superpotencia, aunque sea a costa de sus propios aliados si fuera necesario. Este objetivo, según defiende el autor, pone en peligro la estabilidad global, aunque este poder se intente legitimar por su condición de garante del orden mundial.

Los albores del siglo XXI han sido testigos de la multiplicación de los conflictos y del crecimiento de la incapacidad de Estados Unidos para mantener su hegemonía. Así, los contundentes recursos militares estadounidenses son paradójicamente insuficientes para encubrir su declinante peso económico y su acelerado desprestigio ante pueblos y gobiernos de otros países. La única vía de solución es, a juicio de Hobsbawm, que Estados Unidos sea capaz de reconocer sus limitaciones o, al menos, las potenciales ventajas que tendría comportarse como si las reconociera. A ello debe sumarse la necesidad de asumir que los valores políticos sobre los que se sostiene el poder de los países occidentales del primer mundo (la democracia, los derechos humanos) no son como los recursos tecnológicos, que podrían ser utilizados en cualquier contexto si el manual de instrucciones es claro.

Naturalmente, las reflexiones van más allá. El problema al que se enfrenta el mundo no es solo que no exista ninguna autoridad global efectiva para resolver los problemas globales, sino que el poder tradicional de los estados nacionales también está perdiendo capacidad de gobierno. Para el autor, una de las características más singulares del cambio de siglo es el deterioro de la legitimidad del estado territorial soberano y su consecuente pérdida de eficacia. Durante los últimos doscientos años, el estado moderno se desarrolló de forma constante, independientemente de ideologías y formas de organización política (liberalismo, socialdemocracia, fascismo o comunismo). Esta línea evolutiva de permanente ascenso comenzó a quebrarse a partir de la década de 1970, período en el que los estados comenzaron a perder el monopolio absoluto de la fuerza coercitiva gracias al desarrollo tecnológico que ofreció nuevos instrumentos de destrucción que podían ser adquiridos con facilidad por grupos disidentes, gracias a su menor coste y su portabilidad.

A ello debe sumarse el hecho de que la obediencia natural de la ciudadanía frente al poder, incluso en los estados que emplean la

violencia para imponerse, parece algo del pasado. Los gobernados ya no se muestran dispuestos a prestar voluntariamente servicios al estado, como ocurrió, por ejemplo, durante las dos guerras mundiales, que utilizaron soldados de reemplazo, es decir, ciudadanos convertidos en soldados, dispuestos, con mayor o menor entusiasmo, a matar o morir por la patria. Hoy parece improbable que pudieran producirse esas movilizaciones masivas.

Hobsbawm señala otros indicadores del actual debilitamiento del estado-nación. Por ejemplo, el abandono de servicios que progresivamente van siendo ofrecidos por empresas privadas bajo la justificación de que su funcionamiento mejora y con un coste menor. Si los abastecimientos de agua o luz, la asistencia sanitaria, la educación o las comunicaciones pasan a manos privadas, el “ciudadano” pierde terreno frente al “consumidor”. El autor advierte que la “soberanía del mercado” no es un complemento de la democracia liberal, sino una alternativa a este sistema, debido a que elimina la necesidad de tomar decisiones políticas; precisamente todas aquellas que están relacionadas con los intereses comunes y no con los de aquellos que gestionan una empresa.

Asimismo, relacionado con el enflaquecimiento del poder de los estados, el autor reflexiona extensamente sobre las “transformaciones del terror” y de la política de orden público para combatirlo. Desde los inicios del siglo XXI, la violencia política se ha globalizado por la voluntad calculada de operar en un plano transnacional. El nuevo terrorismo utiliza a suicidas y tiene la voluntad de provocar masacres indiscriminadas, lo que aumenta su capacidad de amenaza con respecto a etapas anteriores. Ello ha justificado el despliegue de mecanismos excepcionales por parte de los agentes dedicados a combatirlo. Pero, nos recuerda Hobsbawm, no estamos ante una guerra, salvo que se utilice el término en sentido metafórico, sino ante un asunto de orden público y que el “enemigo” no está en condición de derrotarnos. El atentado del 11 de septiembre de 2001 únicamente consiguió desorganizar Nueva York durante unas horas, los servicios públicos se reanudaron rápidamente. El verdadero peligro del terrorismo no reside, pues, en la amenaza real, sino en el miedo irracional que sus actividades provocan, que tanto los medios de comunicación como los gobiernos, a juicio del autor muy imprudentemente, amplifican,

poniendo con ello en peligro el modo de vida que supuestamente se pretende proteger.

La idea matriz que otorga unidad a los nueve ensayos que constituyen esta obra es, como ya habrá podido deducirse, una crítica no disimulada contra la noción del “fin de la historia” de Francis Fukuyama, difundida de forma interesada para crear la idea de que la culminación del desarrollo histórico sería la conversión definitiva del mundo al modelo occidental de capitalismo y gobierno liberal, democrático y representativo. Como ya se ha señalado, para Hobsbawm la realidad es justamente la contraria: la etapa de desarrollo capitalista globalizado que caracteriza el cambio de siglo estaría amenazando el orden público y, consecuentemente, al estado-nación y a la propia subsistencia de la democracia.

En esta línea argumental, la desaparición de la Unión Soviética no ha provocado la llegada de un “nuevo orden mundial”, sino el surgimiento de una situación de “desorden estable” en la que Estados Unidos tiene la pretensión de imponer, de modo unilateral y por la fuerza, su hegemonía y su visión del mundo. Es decir, un pensamiento único. Esto ha fomentado una oposición a tales proyectos desde potencias emergentes como la Unión Europea, China o la India. También desde poderes no estatales de difícil ubicación, como el terrorismo islamista, el crimen organizado o la piratería, con una disponibilidad de moderno armamento similar a la antes reservada en exclusiva a los estados nacionales.

En definitiva, estamos ante un libro de recomendable lectura, en el que se ofrecen sugerentes respuestas a algunos de los grandes problemas que hoy demandan una profunda reflexión: la naturaleza de la guerra y la paz en el siglo XXI, el futuro de los imperios a la luz de su pasado, los nacionalismos en constante evolución, la viabilidad de la democracia liberal para dar respuesta a las necesidades de la ciudadanía, y los desafíos que el terrorismo político y la violencia imponen en el escenario internacional. Quedan fuera otras cuestiones que, no obstante, el autor ha desarrollado en otras obras, como la imposición de los intereses económicos sobre los políticos y, por tanto, sobre los de la ciudadanía; las amenazas medioambientales, o la quiebra cada vez mayor entre países desarrollados y subdesarrollados.